



“Te necesito”

Una noche, estando sola en su casa, Faith, de once años, dejó de coser el botón de la camisa de su uniforme escolar, tomó unas tijeras afiladas y se empezó a cortar lentamente los brazos hasta que le salió sangre. Entonces, empezó a marearse y sintió que se iba a desmayar.

La vida de Faith había empezado a caer en picada unos meses antes, cuando habían operado a su madre de emergencia. Mientras su madre se recuperaba en el hospital, la niña había permanecido sola en casa durante seis meses en la isla caribeña de Trinidad.

Por lo general, los hermanos mayores o los vecinos intervienen para ayudar si se produce una situación así, pero Faith no tenía hermanos, y los vecinos no sabían que ella estaba sola en casa (a ella no se le había ocurrido informarles). Su padre, que vivía en otro lugar y no se involucraba mucho en su vida, la visitaba una o dos veces a la semana.

—¿Cómo estás? —le preguntaba en cada ocasión.

—Estoy bien —respondía ella.

A veces, le daba dinero y se iba.

Faith no le hablaba de su vida, pues pensaba que él no la entendería.

Faith aprendió sola a cocinar arroz y frijoles. Cuando se le acababan, sobrevivía a base de pan, mantequilla y queso que compraba con el dinero que le daba su papá y con los escasos fondos que le quedaban a su madre en casa. Aprendió a coser para poder arreglar su ropa.

Durante el día, iba a una escuela para señoritas. Ya la habían acosado antes, pero el problema empeoró tras la hospitalización de su madre. Las chicas se burlaban de Faith

por su peso, su aspecto y su inteligencia. Al principio, Faith respondía de buena manera, con la esperanza de que se hicieran amigas, pero nada parecía cambiar. Su autoestima se evaporó y empezó a odiarse a sí misma.

Una vez, pudo visitar a su madre porque alguien la llevó en automóvil al hospital, que quedaba a unos treinta minutos de distancia de su casa. Su madre tenía un aspecto frágil, pálido y apagado. Cuando Faith la vio, se echó a llorar. Quería contarle lo del acoso que estaba sufriendo, pero no pudo.

En la escuela, el acoso fue en aumento. Un día, una chica le dijo: “Deberías suicidarte, así todo el mundo sería feliz”. Y Faith se lo creyó. Pensó que se merecía que la insultaran. Pensó que no merecía amor, amigos ni nada bueno. Empezó a hacerse daño. Se privaba de comer. Se dejó crecer las uñas y se arañaba el cuerpo hasta sangrar. Entonces recurrió a cuchillas de afeitar, cuchillos y tijeras. Quería sentir algo, lo que fuera. Sus notas pasaron de sobresaliente a insuficiente.

Entonces llegó la noche en que decidió suicidarse con las tijeras.

Cuando estaba empezando a marearse, oyó una voz en su cabeza. Era la voz de su madre. Hacía mucho tiempo que no la oía.

—Te necesito —le dijo la voz—. Te necesito más que a nadie, aunque nadie más te necesite.

En ese momento, Faith decidió no suicidarse. Decidió que, desde allí en adelante, viviría para su madre. Se esforzó por levantarse y vendarse los brazos.

Al día siguiente, la maestra se fijó en las vendas y habló con Faith en privado.

Cápsula informativa

- La primera repuesta positiva concreta al mensaje adventista en Trinidad se produjo gracias a un ejemplar del libro *Patriarcas y profetas*, de Elena de White, que fue adquirido por un pastor de otra isla y acabó en posesión de una persona que se convirtió en uno de los primeros guardadores del sábado en la isla.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Faith empezó a llorar y a gritar. Todo lo que había acumulado en su interior durante aquellos meses salió a la luz. La maestra empezó a llorar.

—¿Estás comiendo? —le preguntó.

—No, me he estado privando de comer.

—¿Estás durmiendo bien?

—No, no puedo dormir sin mi madre.

Desde aquel día, la maestra tomó a Faith bajo su protección. Bajo su atenta mirada, el acoso disminuyó y finalmente cesó. Entonces, la madre regresó a casa. Aquel fue un día maravilloso. Faith se lo contó todo. Mientras la escuchaba, su madre empezó a llorar. Tomó a Faith de la mano y le dijo:

—¿Me prometes que no volverás a hacerte daño de ninguna manera? Prométeme que no intentarás alejarte de mí. Te necesito y te amo.

—Lo prometo —le dijo Faith, entre lágrimas.

Debido a sus malas calificaciones, Faith tuvo que repetir grado al año siguiente. Y aunque esto la puso triste, su madre le dijo que era lo mejor. Y así fue. Faith dejó atrás a sus antiguos compañeros y se rodeó de otros nuevos que la apreciaban y respetaban. Hizo muchos buenos amigos.

La madre de Faith empezó a asistir a la iglesia e invitó a Faith a que la acompañara. Ninguna de las dos había ido a la iglesia en años. Al principio, Faith no estaba interesada porque pensaba que sería aburrido, pero fue y disfrutó mucho de los cantos y del coro. Así que continuó asistiendo y no ha dejado de hacerlo desde entonces. Tanto ella como su madre han entregado sus corazones a Jesús por medio del bautismo.

Cuando recuerda todo lo ocurrido, Faith cree que Dios le salvó la vida haciéndole escuchar la voz de su madre cuando más lo necesitaba. “No puedo explicarlo —dice ella—. Estaba sola en casa y sé que oí la voz de mi madre en mi cabeza. Supongo que ella era la persona a la que más necesitaba en aquel momento. Debí de ser el Espíritu Santo. Él sabía lo que yo necesitaba”.

A los jóvenes que también sufren acoso, les dice: “Si pudiera tener una máquina del tiempo y pudiera volver a los once años, me diría a mí misma: ‘Vas a estar bien. Todo va a cambiar. Vas a conocer a un montón de gente muy agradable que te va a querer y a apreciar tal como eres. Lo único que tienes que hacer es poner a Dios en primer lugar y todo irá bien’”.

Esta historia misionera nos da una idea de cómo es la vida en Trinidad y de los retos misioneros que existen allí. Parte de una ofrenda de decimotercer sábado de 2018 se destinó a construir una iglesia en la Universidad del Sur del Caribe, situada cerca de la casa de Faith. Misión Adventista se reunió con Faith en la universidad para escuchar su historia. Gracias por su ofrenda del decimotercer sábado de este trimestre, que ayudará a llevar esperanza a los jóvenes de la División Interamericana.